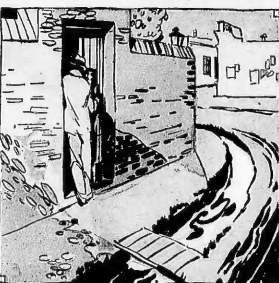


A ecena, a ecillas del río, en un picnic.
—¡Che, Nicomedes! ¿No has visto lo que t'ha hecho?
—¡Vero, mamá...! si es la última pieza que baila...
—No sea así, señora... deja que se divierta las muchachas.
—¡Cállate! ¿tú también? ¿No crees que no le veo las pretenciones al bailar?
—Lo ha parecido, mamá...
—Lo que me está pareciendo a mí es otra cosa.
—Bueno, supondré, el discurso, ¿qué tango no hay que perderlo?
—¡Señorita...! ¿gusta acompañarme?
—¡Salgo, mamá!
—Ya que ha salido lo hermosa, salí vos también, no que no jirga que le han dejado plantado; pero en cuanto se propase pegó el equinismo.
—Interrumpo la conversación, los acuerdos de un tango tocando con maestría, por tres tipos arrastrados acurados en un rincón del corral. En el rostro asomado de los músicos, se dibujó una mueca pueril, cuando sus fuertes miradas, perdidas bajo las alas de los sombreros, observan las pantorrillas de algunas muchachas que al dar la vuelta con ligereza, han hecho girar en torno suyo el vuelo de su vestido.

EN un tranquilo barrio de arrabal, hablando por gente laboriosa, el silencio nocturnal sólo es interrumpido por los habidos de las perras, las pailas y trancas del tranvía que se dirigen a un lugar cantando a media voz o silbando. Se oye una discutienda acalorada: el clic-clic metálico de las ranas, el áspero error de los sapos, la estridente pildra de la locomotora de la estación cercana que hace estruendo los ejes solitarios del vigilante, que acurrado en el quicio de una puerta, dormita, cansado de recorrer las oscuras calles del barrio.



Guarecidos debajo del follaje de un viejo y capulento "guileguay" que se asoma sobre la puerta de un caserío antiguo, cerrado de tapón, están dos amantes diciéndose palabras lindas de cosas que hacen sonar y vivir a los que tales las dicen.

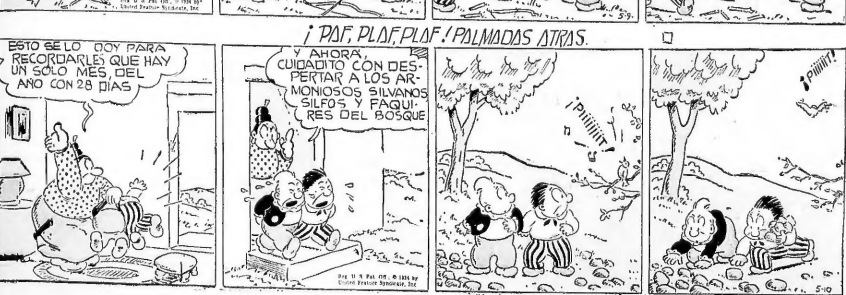
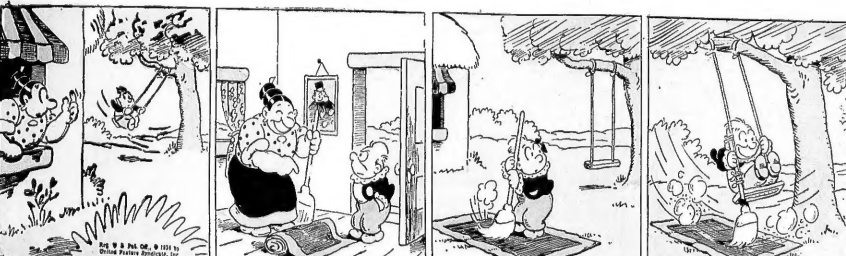
Y le siga. Tomádsela de las manos para besarla en los labios, que queman como su aliento, y me todo su ser, le dice con fingido dolor:
—Si, mi alma. Venite conmigo. Me levas lejos, muy lejos, donde la dicha nos tuerca con un hijo de nuestro amor.
—Y mi madre, Armando? ¿No ha pensado en eso? ¡Ahondar mi madre, por tu cariño, para luego...! ¡quién sabe, me va a dar, sin...! No, Armando; no puede ser.
—Bueno, bueno. De mí... no te acuerdas más, ¿verdad? — le dijo con marcado enojo.
—Y ella, sintiendo la dolorosa lucha entre dos afectos — el de la madre y el — no puede ocultar las lágrimas que asoman a sus ojos y humedecen su rostro.
—¡No la voy a dejar! ¡No te voy a dar...! que no matas!
—Bueno, ¡dile que de una vez!



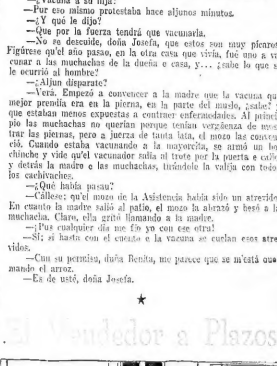
Vicció ella un instante. Pero la decisión que había en Armando, vacuaron sus escrúpulos, y se inclinó las lágrimas, exclamó emocionada:
—Así fin... así lo que Dios quiera. Tuya soy... vamos...
—Adios del tanto se perdieron por las oscuras calles de aquel tranquilo barrio.
Un viento suave, trajó el eco de pasos que se alejan y de latidos persistentes. La incansable luna, que se monitona clic-clic en el claro de una rana. El eco, impertinente en su ruco coreo. El vigilante, era dormita, era pasa tocando ronda...
—Ermelinda, la hermosa. La "flor del barrio", como la llamaban los muchachos que la conocían en sus juveniles, anda por esas calles vestida de negro, por la pérdida de la madre, a quien no pudo ver en la hora de la muerte. Pero encuentra consuelo en el ser a quien tanto quiere; al hijo de sus entrañas, por quien ella hace tanto sacrificio; por él va vendiendo caricias y besos, y la hora que le hallan de amor; porque Ermelinda tiene en su pecho, una herida muy grande, una pena muy honda, un dolor profundo, porque sólo a su hijo le puede dar su amor, su vida, su alma, dando a su rostro una expresión de eufemia, de victoria, de luz.
Ella sueña, pero a sus ojos asoma la tristeza que cubre su alma, dando a su rostro una expresión de eufemia, de victoria, de luz.

Esta es la pequeña historia de Ermelinda, la hermosa "flor del barrio".
¿Y? Sigue diciendo cosas lindas a las muchachas que pasan por su lado...
—Buenas tardes. ¿Es usted la encargada de la casa?
—Venía a vacunar. ¡Hay muchos niños!
—¡No se preocupen! ¡Hay muchos niños!
—¿Y si los demás no quieren?
—¡Son todos matronales felices! ¡Mencen aquella del fondo, que le ocupa unos minutos nuestros, pero la hora que le vendrá mañana.
—¿Cuántas personas habitan en esa pieza?
—¡Cuatro personas, señor.
—Perfectamente, ustedes que mañana temprano vendrá a vacunar. ¡Fíjense, ¿esa hija está vacunada?
—Sí, señor, pero hace mucho tiempo.
—Bueno, habrá que vacunarla.
—¿No le parte una piña inconvenciente. Si la chica quiere...
—Y si el niño quiere, ¿qué le importa? ¡No le importa que se le parta el lien de todos?
—Ah... siempre así una hija sola.
—¿Se acuerdan su hijo?
—No, señorita, de Galicia.
—¿Su gracia?
—¡Una muy fea gracia...
—Pregúntele el nombre de su esposo.
—Ah, vamos! Sí, comprendo... Santilejo Pérez.
—Bueno, ya sabe; vende mañana.
—Adiós señorita...
—¿Qué preguntan son jóvenes, verdad?
—Por las personas sin vacunar. Dice que vendrá mañana.
—Vacuna a su hijo.
—Por eso mismo protestaba hace algunos minutos.
—¿Y qué le dijo?
—Que por la fuerza tendrá que vacunarla.
—No se descorde, doña Juana, que estos son muy pueriles. Fíjense qué año pasan, en la otra casa que vivía, fui uno a vacunar a una muchacha, fue la última y era, ¿no? ¡cuando lo que se le ocurrió al hombre?
—¡Algun disparate!
—¿Pues a convenir a la madre que la vacuna que mejor previene era en la pierna, en la parte del muslo, ¿verdad? y que estaban mejor expuestas a continentes enfermados. Al principio las muchachas no querían porque tenían vergüenza de mostrar las piernas, pero a fuerza de tanta lata, el mozo las convenció. Cuando estaba vacunando a la muchacha, me salió un bichito y vió qué el vacunador tenía el torso por la puerta a callo, y decía la madre y las muchachas, ¡tráele la valija con todos los calientes!
—¿Que había pasado?
—¡Cállate! ¿qué me da la Asistenta? ¡basta de un asistente. En cuanto la muchacha salió al patio, el mozo le almorzó y besó a la muchacha. ¡Chao, ella gritó llamando a la madre!
—¿Por qué lloraba tanto?
—¡Por que quería que me fin yo con ese otro!
—¿Si al lado con el codo y la vacuna en cualquier otro sitio.
—¿Con su penitencia, doña Juana, me parece que se me está corriendo el arroz.
—Es de usted, doña Juana.

Nuevas aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



—Buenas tardes. ¿Es usted la encargada de la casa?
—Venía a vacunar. ¡Hay muchos niños!
—¡No se preocupen! ¡Hay muchos niños!
—¿Y si los demás no quieren?
—¡Son todos matronales felices! ¡Mencen aquella del fondo, que le ocupa unos minutos nuestros, pero la hora que le vendrá mañana.
—¿Cuántas personas habitan en esa pieza?
—¡Cuatro personas, señor.
—Perfectamente, ustedes que mañana temprano vendrá a vacunar. ¡Fíjense, ¿esa hija está vacunada?
—Sí, señor, pero hace mucho tiempo.
—Bueno, habrá que vacunarla.
—¿No le parte una piña inconvenciente. Si la chica quiere...
—Y si el niño quiere, ¿qué le importa? ¡No le importa que se le parta el lien de todos?
—Ah... siempre así una hija sola.
—¿Se acuerdan su hijo?
—No, señorita, de Galicia.
—¿Su gracia?
—¡Una muy fea gracia...
—Pregúntele el nombre de su esposo.
—Ah, vamos! Sí, comprendo... Santilejo Pérez.
—Bueno, ya sabe; vende mañana.
—Adiós señorita...
—¿Qué preguntan son jóvenes, verdad?
—Por las personas sin vacunar. Dice que vendrá mañana.
—Vacuna a su hijo.
—Por eso mismo protestaba hace algunos minutos.
—¿Y qué le dijo?
—Que por la fuerza tendrá que vacunarla.
—No se descorde, doña Juana, que estos son muy pueriles. Fíjense qué año pasan, en la otra casa que vivía, fui uno a vacunar a una muchacha, fue la última y era, ¿no? ¡cuando lo que se le ocurrió al hombre?
—¡Algun disparate!
—¿Pues a convenir a la madre que la vacuna que mejor previene era en la pierna, en la parte del muslo, ¿verdad? y que estaban mejor expuestas a continentes enfermados. Al principio las muchachas no querían porque tenían vergüenza de mostrar las piernas, pero a fuerza de tanta lata, el mozo las convenció. Cuando estaba vacunando a la muchacha, me salió un bichito y vió qué el vacunador tenía el torso por la puerta a callo, y decía la madre y las muchachas, ¡tráele la valija con todos los calientes!
—¿Que había pasado?
—¡Cállate! ¿qué me da la Asistenta? ¡basta de un asistente. En cuanto la muchacha salió al patio, el mozo le almorzó y besó a la muchacha. ¡Chao, ella gritó llamando a la madre!
—¿Por qué lloraba tanto?
—¡Por que quería que me fin yo con ese otro!
—¿Si al lado con el codo y la vacuna en cualquier otro sitio.
—¿Con su penitencia, doña Juana, me parece que se me está corriendo el arroz.
—Es de usted, doña Juana.



Es poco más de medicina.
En el ambiente y antipático patio de un convaleciente del arrabal, una muchacha de edad joven y hermosa, que acurrada en sus travestidos infantiles, no siente el fuerte sol que calienta sus calzoncillos.
Sentada frente a la puerta de su habitación, está Adelfa, junto a la máquina de coser, entretida en borrar una costura.
Un hijo de Moisés—voluntario ambulante de mercaderías a plazas—avanza cautelosamente por el patio, preguntando de cuando en cuando, sus acurados ambulatorios de timba y mervicia. Indolente frente a Adelfa, y la observa rítmicamente, hasta que le interrumpe la lectura, diciéndole:
—¡Buenas tardes, Adelfa! ¿qué estás de buena?
—¿Qué quieres que le cuento?
—¿Qué poca novela qué cuento?
—¡No sé, señorita, me da igual!
—Yo la tener mucha. ¡Buenos días por la mañana, y buenos días por la noche!
—¿Cállate con sus amuletos! ¡Las cosas que me voy a servir para nada; se están descolando todas. ¡Párense, voy a salir!
—¿Qué apuradas, qué la está tocando?
—Yo le he dicho los otros días, que no venga a ofrecernos nada, porque no le voy a comprar.
—Venga el hombre a cobrar lo que le debo; todavía no ha cobrado mi marido.
—¿No quiere comprar buena guarda? ¡puede por mí darle qué va, qué la viene por la tren?
—¡Vale, le he dicho que no!
—¡Bueno...! ¡bueno...! ¡por Dios, qué le pones furbosa.
—No me voy a fiando porque es inútil.
—¿No le mola? Yo le quiero mucho, pero que al fin voy a salir. Si me quiere a mí, va a ir a tu casa, te regalo un pedacito de seda, un pañuelo, y te lleva alientes a pasar por la calle linda, de cuando en cuando.
Y Adelfa, acostumbrada a encantar al rudo de que es casado, que tiene el marido ausente, arroja la costura por encima de la puerta. Después de correr rítmicamente, se le responde:
—Bueno, déjale de bromas y venga el hombre para que arreglemos...
—¡Bueno, ya le viene así farta.
—Bueno, adiós.
—Adiós, querida. ¡Que mi dios que él, que mi dios que no.
Y mientras se encamina el rudo hacia la puerta de casa, ella le contempla hasta que desaparece.
Y ella, en el fondo del patio, aún sigue los ejes de su casaca, interrumpida a veces, por la queja de algún vecino, molestado por sus travestidos.

2. Ma venisse la sua anima a trasformarsi in un
colleto, il «cappio divina del espirita»? Come
mezzo de' esorcizios?

Sombras Sobre la Tierra

Francisco Espinola habla de un pueblo ciego. Como tiene en sus fuerzas abandona el centro con la vía blanca y las pequeñas pasiones que lo tuvieron a mal traer a Sinciat

¿Que cantaron todo ese tiempo, sino sus propios "spirituals"? En respuesta a esta objeción puede ofrecerse un poco de historia. Las funciones religiosas fueron el medio favorito de los metodistas para combatir el demonio. En el interior de América la obra fue

Los primeros metodistas de Inglaterra así lo hicieron. Donald Wade nos dice, en su biografía de John Wesley, que acostumbraban a cantar las tonadas de salaces canciones populares y baladas escocesas. Por lo tanto esta tradición

almos autorizados, aunque apro-
bados por los verdaderos pasto-
res de la iglesia en Inglaterra,
que habían ido ya muy lejos en
igualarlos con los cantos popula-
res.

En la preparación de esos cantos una costumbre favorita fue

Las tonadas con que los textos de estos "spirituals" estaban azados eran, asimismo, el producto de las condiciones en que había lugar la predicación. Todo que los predicadores y los cantantes pedían era simplicidad y ca-

...hacia las funciones re-
has hace un siglo no estaban
vistas de partituras. Si algo
a para ayudar al instinto de
ción y a la buena memoria,
mas consistiría en libros conte-
do tan sólo las estrofas. Pe-
ventualmente las tonadas eran
piladas por los maestros de

... en la época de las pri-
... colonizaciones. Pero esos
... son difíciles de encontrar.
... lista de ellos en el dicciona-
... de música y músicos de Gro-
... (suplemento americano) no
... ce más que los títulos de dos
... imenes que contengan tonadas

...estas condiciones no per-
roa. Durante el conflicto en-
orte y Sur la afición de los
esinos del Sur por sus re-
es religiosas campesinas co-
ó a desaparecer. Nuevos
os, nuevas ideas. Organos,
es evangélicos, etc., fueron
a poco rindiendo en desuso

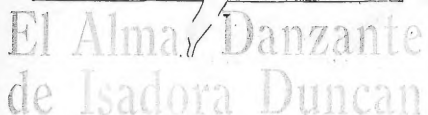
Entre los negros la buga de continuaba, fuera del conde la palabra o las notas im. El resultado, en el curso os generaciones más. fueror divergencia de que hemos ha.

do ciella con esa piadosa intensidad de alma de que nos habla el versículo de San Lucas, que le sirve de epigrama: "Y como llegó cerca, viendo la ciudad, Dijo sabreella".



Esposita ha visto su población citóla con esa púdica intensidad de alma de que nos habla el versículo de San Lucas, que le sirve de epígrafe: "Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró silenciosamente".

BUENO.
BASTA DE
AGUA.



La exposición de 1900 — esa exposición que fue el límite entre las dos estéticas — le hizo su muerte en 1927, todo fue una sucesión de dolor y magnificencia, de amor y de miseria, de lujo y de arte, de innovación y de gloria, de caídas desesperadas y de visiones siempre nuevas.

★

Isadora Duncan, una de las mujeres más amadas que se hayan conocido, no fue nunca feliz en sus amores: tiempos sucesivos. En sus enamorados, y según la calidad intelectual de estos, despertaba sentimientos contradictorios. En unos, un

Isadora Duncan, una de las mujeres más amadas que se hayan conocido, no fue nunca feliz en sus amores: tampoco sucesivas. En sus enamorados de estos, despertaba sentimientos contradictorios. En unos, un sentimiento de religiosidad que la apartaba de ellos, de su verdadera ternura. En otros, un sentimiento de culpa, que se reflejaba en fotografías ilandó de un temperamento artístico muy pronunciado, una especie de rivalidad intelectual, que se interponía entre ellos y su cariño. Se puede decir que toda la vida afectiva de Isadora, pasando por la trágica muerte de sus dos hijos, — en abril de 1913, — que cayeron al Sena desde un coche con caballos se resaca en el recuerdo del estanciano de Sergio Essénin, el gran poeta ruso, con quien ella se casó en la Unión Soviética y que se suicidó después de su separación.



mios y estudiantes. Nunca habia bailado el tango. Pero, al ceder al ruego de su acompañante, empezó a bailar y le pareció que siempre habia conocido la languidez apasionada de esa música. Alguien le dijo que esa noche festejaban la conmemoración de la independencia argentina. Se hizo traductor del Himno Argentino y, sobre su modesta envuelta en una gran manta blanca y celeste, improvisó una danza en que simbolizó las luchas de aquel pueblo en su primer intento de liberación nacional.

Un frenesí se apoderó de los que la vieron. Pero, al otro día los diarios daban cuenta de la "orgia" y el público de abomine se escandalizó. Así fracasó su temporada en Buenos Aires que ella, sin embargo, recordaba con gran amor, por la espontaneidad de aquellas horas.

★

Poco tiempo antes de su trágica muerte, fue llamada por el gobierno soviético. Allí dejó comenzada y encaminada la obra con que soñó toda su vida: la escuela de danzas para los niños. Si ella padecía, ahora la vería cumplida. Miles y miles de niños y niñas, hijos de la revolución proletaria, reciben la educación estética que ella ideó.

Volví. Y una tarde, en un carretero, un trozo de gasa volaba, danzaba, envolviendo su cuello con el ritmo de las vestiduras de la Victoria de Samotracia, un automóvil corría por las carreteras de la Costa Azul.

Y esa alba gracia de su cuerpo lo estranguló vertiginosamente, al enredarse en las vueltas de la rueda del coche, como había envuelto vertiginosamente a su alma el torbellino de la música...

por Hamlin

